

Trayectoria Renteriana

Por BIDAIZTI

(Del G. M. URDABURU)

Rentería es industrial, ¡qué descubrimiento! Pero quizás muchos ignoren que Rentería es industrial de siempre, considerando como industria el laborar construyendo algo que se salga de lo corriente en el haber artesano de los pueblos del mundo.

Sin embargo, Rentería no es citada en la historia como tal sino como patria chica de los Machinos, Zubiaurres, Zamalbides, Amasas, etc., en un etc. largo. Marineros son los que han dado renombre a nuestro «txoko» en el pasado con sus hazañas guerreras. Es la pauta histórica. Si uno inventa una máquina en la que se mete paja y salen calcetines, la gente se interesa, envidia al inventor por el negocio y... lo olvida. Pero si uno anda a tiros por esos mares con un pirata Florín cualquiera y sale bien parado, seguida tendrá un rincón en la leyenda lo mismo que si hace andar, de noche y con antorchas, a todas las mujeres y niños del pueblo por lugares como el alto de Aldaco, mientras los hombres se sitúan sigilosamente a la espalda del enemigo invasor y lo echa a rodar, con sus mercenarios alemanes, peña Aldabe abajo...

Ya sé que se me objetará que la cosa lo merece y que es cuestión de supervivencia el ser corajudo y batallador. Muy bien, conforme. La repugnante vida ésta en que nadie sabe detener sus apetencias en el punto mismo donde van a chocar con las del vecino, exige que uno esté a todas. Y claro, la admiración, el recuerdo, un lugar en la prosa de Clío, siempre queda para el que devuelve golpe por golpe y si puede con dos, mejor. Pese a que Cristo dijo lo contrario.

Pero, a la larga, la lucha cotidiana por las alubias es mucho más importante que aquellas batallitas. ¡Y no da lugar a treguas! Y en ella nos hemos distinguido siempre bien y, quizá quizá, mejor que en la otra. A partir de los años aquellos en que Plinio ya mencionaba el «Saltus Olarso», si hombres valerosos y audaces hubo en la tierra, los hubo también emprendedores y constructores. Es fácil que los primeros ferrones, los primeros constructores de barcos del País Vasco, tuvieran asiento en las orillas del Oyarzun. Las minas de Ayako-Arri y la magna ría —se cree que el mar llegaba entonces casi hasta Iturriotz— lo hacen factible.

Es curioso y en cierto modo lógico dada la pobreza agrícola de nuestras tierras, que el vasco haya sido siempre —con el siem-

Continuación de D. COSME ECHEVERRÍA

cioso ramo de flores. De estas cosas mucho podríamos contar. Pero nos frena un tanto la época, la distancia que nos separa de aquellas fechas. Faltaría quizá una comprensión en los jóvenes para acoger con la amplitud de miras los gestos y frases de aquel hombre emprendedor, ejemplo de renterianos amantes de su txoko. Por eso omitimos detalles humanos que se conservan —y recuerdan— en toda su grandeza, en toda su espontaneidad y con todo su calor humano, aquel calor suyo lleno de vigor, de proyección atlética, como cuando su poderoso brazo impulsaba a la pelota y despertaba la admiración de todos los públicos.

—«He sido pelotari y alcalde de Rentería, ¿qué más puedo pedir?» —solía decir el bueno de don Cosme.

Luego murió, con el mismo aire de bohemio que vivió, pero se llevó el afecto y el sentimiento de su pueblo, al que sirvió con corazón y honestidad, eficacia y diligencia.

Desde estas columnas rendimos nuestro homenaje a don Cosme Echeverría Retegui.

pre relativo a épocas en que el trabajo se podía comercializar— artesano y comerciante. En siglos tan pretéritos como el XV y posiblemente antes, teníamos tratados comerciales exclusivos y consulados propios en diversas naciones extranjeras. Y Rentería no estaba al margen de ellos. ¿Cómo pudiera estarlo? Hay testimonios de privilegios reales a las ferrierías y mercaderías renterianas que datan de 1338, 1340, 1376, etc., etc., para crearlo.

Sus ferrierías eran famosas, pero sus astilleros más. Incluso hubo una época —primera mitad del siglo XVII— en que construíamos los mejores buques de guerra de España, mereciendo Juanes de Amasa construir en 1624 y en sus astilleros de Basanoaga, nada menos que la Capitana Real de la Armada. ¿No es ésta una hermosa batalla ganada, tan digna, cuanto menos, como la de Machino al tenérselas con Barbarroja? ¡Y daba «barrunes» a la par que gloria al pueblo que trabajaba en y para los astilleros!

Y no sería ese el único motivo de orgullo laboral. El venerable Fray Francisco Bel, inglés que más tarde sufrió martirio por la fe, testimoniaba en 1633 «que las calles de Rentería tenían losas», lujo sólo digno de las grandes ciudades y señal de una comunidad floreciente y rica. No, no sólo los astilleros y marinería daban vida y dinero a la villa, sino también las ferrierías y, posiblemente, manufacturas diversas derivadas del hierro y de las artes marineras.

Pese a los días aciagos de los incendios franceses que casi terminaron con el pueblo y a la desecación de la bahía renteriana que acabó con los astilleros, si siguieron decaimiento y ruina, fueron momentáneos. En 1785 la ferriería de Añarbe, que debió ser fundada en 1592, estaba reputada como la mejor de Guipúzcoa. Un siglo después se trabajaban en ellas unas 140 toneladas métricas de hierro en barras y tocho y de éstos se elaboraban unas 120 toneladas de cuadradillo, pletina, varillas, cortadillos, etcétera, dando ocupación a 120 obreros. Y había muchas otras ferrierías. En 1780 comenzó a funcionar la «Fandería» que fue el pasmo de los industriales de la época. Allí se «hendía, cortaba, ensanchaba, estiraba y adelgazaba el hierro y otros metales. Se hacía clavetería y vasijería. Era la primera de España y única en la especie de doble reverberación». En 1873 fue destruida en la guerra carlista. Pero ya existían, desde antes de 1850, las fábricas de tejidos de lino y cañamo como iniciadoras de una nueva era. Por algo el romántico Ozanam calificaba a Rentería de «rica ciudad» nada menos, cuando pasó por ella en 1852, añadiendo que poseía «vergeles de manzanos dignos de las granjas de Normandía».

A principios del siglo actual se nos atribuía ya el honroso título de «pueblo más industrial de España y casi del mundo». Y no hemos cedido ni un ápice en este terreno sino que lo hemos ganado. ¿Qué otra villa de nuestros habitantes puede ostentar tal variedad y número de industrias?

Todo lo que antecede, ¿no refleja una dilatada y formidable batalla ganada a lo largo de los años desde antes de que se secase nuestra ría? Las mil y una fábricas donde los renterianos encontramos los garbanzos cotidianos constituyen el fruto de la misma. Sí señores, tenemos un puesto al sol y no de los peores. Ferrones y calafates, forjadores y carpinteros han dejado paso a técnicas más sutiles y, ¿quién nos puede trazar una raya para decirnos: «De ahí no pasaréis»? Con certeza, nadie más que nosotros mismos. Nuestra misma prosperidad va camino de ahogarnos en la lamentable urbanización de nuestra villa. Se construye con tal anarquía que más parece que queremos amontonar casa sobre casa sin acordarnos de que las calles y plazas también son necesarias. El afán de construir se nos ha vuelto una enfermedad.

Después de todo es una consecuencia previsible, dados nuestros antecedentes. Sólo que no nos tenemos que olvidar que siempre hemos hecho las cosas bien... Esa ha sido nuestra trayectoria y el secreto de nuestra prosperidad. No nos desviemos ahora...